

## La educación general como movimiento intelectual transatlántico

Jorge Rodríguez Beruff  
Universidad de Puerto Rico

¿Qué era lo que se pretendía, qué en concreto, lo que se buscaba? Hacer de la diversidad, Universidad; del archipiélago, continente; de las partes, un todo.

Rodrigo Facio

En esta ponencia nos acercamos a los estudios generales, o a la educación general como también se le denomina, como un movimiento intelectual transatlántico portador de una propuesta de reforma universitaria que se desarrolló en Estados Unidos, Europa y la América Latina. Este movimiento, que tiene raíces en el debate sobre la universidad en el siglo 19, comenzó a forjarse con características diferenciadas en Europa y América a fines de los años veinte y principios de los treinta del siglo XX, consolidándose y difundiendo en el contexto de la guerra y la posguerra.

Los participantes del movimiento de los estudios generales o la educación general (para propósitos de este ensayo tratamos estos conceptos como equivalentes), así como sus detractores, lo percibieron y calificaron desde la década de los treinta como un nuevo movimiento intelectual en el campo de la educación universitaria (aunque para algunos de sus proponentes abarcaba también los últimos años de la escuela secundaria).

Debemos aclarar, antes de proseguir nuestro análisis, el sentido en que utilizamos el concepto de “movimiento intelectual”. Luego de los eventos de mayo de 1968 en Francia, se produjo una amplia teorización por sociólogos a ambos lados del Atlántico sobre los “nuevos movimientos sociales”. Mario Diani, en un texto en que pasó balance de esos análisis, menciona cuatro aspectos principales de un movimiento social: 1. existencia de redes de relaciones informales, 2. creencias compartidas y sentido de solidaridad, 3. acción colectiva en asuntos conflictivos y 4. acción mayormente fuera de la esfera institucional y de los procedimientos rutinarios de la vida cotidiana.

Otros autores han recalcado la importancia del tema de la identidad colectiva en la bibliografía sobre movimientos sociales. Algunas de estas dimensiones generales son pertinentes para definir un movimiento intelectual, pero no logran captar plenamente su especificidad.

Scott Frickel y Neil Gross proponen una teoría general sobre lo que denominan “Movimientos Científicos/Intelectuales” (o SIM por sus siglas en inglés). Los autores reconocen la importancia teórica de la aportación de Thomas S. Kuhn en su libro de *The Structure of Scientific Revolutions* para su propia formulación. En este texto el autor argumenta del desarrollo del conocimiento científico tiene un carácter paradigmático. Según Frickel y Gross, un movimiento científico presupone un núcleo conceptual con un programa coherente para el cambio intelectual y el avance del conocimiento, prácticas intelectuales que son controversiales en cuanto a las expectativas normativas en un campo intelectual o científico, la capacidad de manejo de recursos escasos (aspecto político) y la acción

colectiva organizada. Según ellos, los SIM tienden a tener un carácter episódico o transitorio y pueden tener metas amplias o restrictas.

También es pertinente para la comprensión del movimiento de la educación general el concepto de “red intelectual transnacional” utilizado por Charle, Schriewer y Wagner en un libro reciente sobre redes académicas. En el caso de América Latina, Eduardo Devés ha usado el concepto de red intelectual para analizar diversos movimientos como el Arielismo y el Cepalismo. El concepto de red, además, como señala Diani, se desarrolló también en los estudios sobre movimientos sociales. Se podría decir que todo movimiento, incluyendo los intelectuales y académicos, conlleva la construcción de redes de diverso tipo. Este es el caso del movimiento de la educación general que se constituyó como una red de redes.

Proponemos que el movimiento de los estudios generales o la educación general constituyó un nuevo paradigma en el campo de la educación superior, en cuya formulación se destacaron, entre otros, Robert M. Hutchins y José Ortega y Gasset. Sus planteamientos, con tangencias pero también divergencias, los hicieron con notable sincronía a ambos lados del Atlántico. Aunque ellos fueron las figuras intelectuales de mayor relevancia y más visibles, muchos otros académicos en Europa, Estados Unidos y América Latina fueron parte del movimiento y aportaron a su desarrollo. Si fuéramos a ubicar temporalmente su inicio lo haríamos en el año de 1930, cuando Ortega publicó sus más importantes textos sobre la universidad, mientras que Hutchins comenzaba a impulsar la reforma del currículo en la Universidad de Chicago luego de su nombramiento como presidente en 1929. Pero esta afirmación es problemática y debe ser tomada con cautela ya que sus raíces intelectuales son diversas y se encuentran en décadas anteriores. En el caso de Estados Unidos debemos recalcar que el movimiento de la educación general es distinto al movimiento *Progressive Education* inspirado por John Dewey. De hecho, el movimiento “de Chicago” había surgido, entre otras cosas, en contraposición a las ideas educativas de Dewey, basadas en el pragmatismo y el “experimentalismo”, que se habían difundido ampliamente desde principios de siglo.

Entre los antecedentes inmediatos del movimiento en Estados Unidos se deben mencionar el proyecto de Alexander Meiklejohn del Experimental College en la Universidad de Wisconsin y el movimiento de los Great Books o Grandes Obras iniciado por el profesor John Erskine de la Universidad de Columbia. Ambos se convirtieron en colaboradores de Hutchins. En el caso de España, tuvo gran relevancia la obra de Francisco Giner de los Ríos sobre la universidad y la educación en general. Giner no solo propuso una reforma universitaria, sino que ejerció una influencia transformadora del campo universitario y científico desde fines del siglo XIX. Ortega, quien se graduó en la tercera promoción del Instituto Libre de Enseñanza fundado por Giner, reconoció la aportación de quien fuera maestro de toda su generación.

También hemos señalado que en América Latina hubo proyectos educativos, como el de las Universidades Populares en la década del veinte, o planteamientos aún anteriores como los del liberal peruano Francisco García Calderón en 1912, que expresaron aspiraciones con muchas tangencias con el movimiento de la educación general. A partir de la década de los treinta las ideas de Ortega sobre la universidad se difundieron ampliamente en la región. En el período de la posguerra fue cristalizando un movimiento de la educación general en varios países inspirado en diversas fuentes intelectuales, incluyendo importantes teóricos de la región. Este movimiento tuvo una presencia muy relevante en el debate sobre la educación superior y la reforma universitaria. También debe mencionarse el importante documento de 1967 de un Comité de Expertos convocado por el Departamento de Educación del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) titulado “La misión de la Universidad Católica en América

Latina” que propuso un modelo educativo con el enfoque de la educación general o los estudios generales.

### **España: la reforma imposible**

Aunque sus ideas sobre educación están presentes en muchos otros de sus escritos anteriores, la visión de José Ortega y Gasset sobre la universidad está contenida en dos textos claves, ambos de 1930, *La rebelión de las masas* y *Misión de la universidad*, los cuales deben considerarse obras fundacionales para el movimiento de los estudios generales. Esas obras de 1930 están basadas en un diagnóstico de la universidad europea de la época y de la española como instancia de ella. Como expresó en una conferencia en la Universidad de Granada en 1932, “...no se puede aclarar lo que ha sido la universidad española si no contemplamos su destino peculiar sobre el fondo de lo que ha sido toda la Universidad europea.”

Aquí no podemos más que referirnos brevemente a estas obras. Según Ortega, en las universidades europeas se había hecho dominante un cientificismo de raigambre positivista, que ponía énfasis en la formación de científicos y relegaba las materias humanísticas a la función de proveer una “cultura general” de valor ornamental. Los planes de estudios profesionales altamente especializados no dotaban a los estudiantes de una formación cultural, entendida por Ortega como “...el sistema vital de las ideas en cada tiempo”. Para Ortega, las materias generales habían quedado como un residuo de lo que había sido la universidad medieval, una institución dedicada a la transmisión de la cultura.

La propuesta orteguiana para la reforma universitaria fue sumamente relevante para sustentar el movimiento de los estudios generales, ya que proponía crear una Facultad de Cultura, que complementara la formación profesional y la investigación científica. Según Ortega, la investigación debería estar ubicada preferiblemente en institutos fuera de las universidades. De ahí su afirmación que la universidad no es ciencia, sino que es, además, ciencia.

Sobre la Facultad de Cultura dirá lo siguiente: “La necesidad de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber para enseñarlas en la “Facultad” de Cultura, irá fomentando un género de talento científico que hasta ahora sólo se ha producido por azar: el talento integrador... aquí el hombre se especializa precisamente en la construcción de una totalidad.”

El otro componente de su propuesta tenía que ver con la proyección social de la universidad que se expresó en el movimiento de extensión universitaria. Hay que añadir que, para Ortega, la reforma universitaria tenía la función de crear las condiciones intelectuales para contrarrestar los movimientos autoritarios de la “sociedad de masas”, en aquella coyuntura el fascismo y el estalinismo, y hacer viable la democracia, lo cual requería superar la fragmentación del conocimiento que caracterizaba a la universidad europea moderna. Era vital que la institución recobrase su carácter fundamentalmente cultural e intelectual, sin abandonar su papel en la formación profesional y el desarrollo de la ciencia. Cuando escribe esto, el fascismo ya estaba en ascenso en las universidades italianas, mientras que en la URSS se masificaba la educación superior a la vez que se consolidaba un modelo totalitario.

Sin embargo, al momento de escribir *Misión de la Universidad*, el propio Ortega consideró que no había condiciones en España para una reforma del estado o de la universidad. En un texto de un mensaje a la Federación Universitaria Escolar (FUE) que apareció en las primeras ediciones de 1930 y 1936 bajo el título “Temple para la Reforma”, dijo,

Como he venido aquí para ejercitar la más estricta sinceridad hacia ustedes y suficiente lealtad conmigo mismo; como he venido aquí a decir sencillamente mi verdad, no puedo rodear de ambages mi duda vehemente de que exista hoy, en este día en que hablo, grupo alguno capaz de hacer la reforma del Estado y —concretándome a mi tema— la reforma de la Universidad.

En poco tiempo la universidad española, como toda la sociedad, estaría sumergida en la catástrofe de la Guerra Civil. La Universidad Complutense de Madrid, por ejemplo, sería, literalmente, un frente de batalla. La guerra también provocó el exilio de buena parte de la intelectualidad universitaria, la cual en algunos casos contribuiría a la construcción de otras universidades como la UNAM. Luego, el franquismo purgaría las universidades de los académicos republicanos o bajo la sospecha de serlo, tronizándose la mediocridad autoritaria en las instituciones culturales españolas.

Sus propuestas para una reforma universitaria posiblemente tuvieron mayor repercusión en América Latina que en España. No podemos exagerar la importancia del pensamiento Ortega y Gasset y la amplia difusión de su obra del otro lado de Atlántico. Fue posiblemente el filósofo español del siglo XX con mayor proyección en la América hispana. El historiador Tzvi Medin, por ejemplo, ha destacado la amplitud de la difusión de sus obras, incluyendo las que contenían sus propuestas educativas, como *La rebelión de las masas*, que fuera publicada varias veces en grandes tiradas en Argentina.

En el ambiente de gran efervescencia política y universitaria de los treinta y cuarenta, las ideas de Ortega se integraron en el debate sobre temas de educación superior en el mundo de habla hispana. Las grandes ediciones de sus obras que se hicieron en Argentina contribuyeron a la circulación de sus ideas por todo el continente. Al menos en Puerto Rico, el pensamiento de Ortega estuvo muy presente en la reforma universitaria de la década de los cuarenta. No conocemos estudios sobre la manera en que sus propuestas educativas pudieron haber incidido en la política universitaria en otros países. No obstante, en la América Latina las ideas de Ortega, junto con otras propuestas sobre la universidad, quedaron como un sedimento intelectual que crearía condiciones fértiles para el desarrollo del movimiento de la educación general en la posguerra.

### **Estados Unidos: del College de Hutchins al Red Book de Harvard**

En un texto publicado en la década de los sesenta sobre la experiencia de la educación general en la Universidad de Columbia, Daniel Bell argumenta que fueron los programas de educación general en las prestigiosas universidades de Chicago, Columbia y Harvard los que proveyeron el fundamento institucional más importante en Estados Unidos. Según él, cada una de esas universidades desarrolló modalidades académicas propias, aunque sus propósitos tendían a converger. Ese movimiento, que tuvo un gran impacto institucional en Estados Unidos, fue forjando un sentido de identidad colectiva y se expresó en una emergente red intelectual transnacional que vinculó a personas e instituciones con la capacidad para movilizar diversos recursos.

Robert Maynard Hutchins llegó a la Presidencia de la Universidad de Chicago en 1929, luego de haberse destacado como joven líder académico innovador en el decanato de la Escuela de Leyes de Yale. Cuando Hutchins inició su gestión en Chicago el programa de estudios subgraduados se basaba en el modelo del free elective system, inspirado en el que había establecido Charles William Eliot en Harvard durante su larga incumbencia en la presidencia (1869-1909). Por otro lado, desde fines del siglo XIX estaba en ascenso el modelo de la universidad alemana de investigación propugnado por Alexander von Humboldt en la educación superior estadounidense.

La propuesta de Hutchins significaba la revaloración de la educación subgraduada y su fortalecimiento académico. Para 1931 se habían establecido en Chicago cuatro cursos requisitos de educación general bajo el llamado "New Plan" de Hutchins. Eventualmente se estructuró un programa de educación general que abarcará los primeros dos años de estudios. A partir de 1937 se creó un College de cuatro años que se convertirá formalmente en el College de Chicago en 1942.

El concepto de Hutchins es que se creara una instancia intermedia de cuatro años entre la educación escolar y la universidad, entendida esta última como educación profesional e investigación científica, uniendo los dos últimos años de la escuela y los dos primeros de los estudios universitarios. A esa instancia de educación general la población tendría acceso masivo. El "College de Hutchins", como se conocía al programa de estudios generales de Chicago, tuvo su momento de mayor auge de 1943 a 1953. El plan confrontó problemas de implantación, ya que implicaba una reorganización de las etapas del sistema educativo estadounidense. Además, su radicalidad eventualmente generó oposición en la universidad y para 1950 se abandonó el plan de otorgar un B.A. luego de cuatro años de educación general. Tres años más tarde, luego que Hutchins había dejado la Rectoría, se introdujeron más cambios que se apartaban del modelo inicial.

Hutchins encontró apoyo e inspiración en un sector del profesorado de Chicago, entre los que se encontraban Richard McKeon, R. S. Crane y el filósofo Mortimer Adler, quien se convirtió en su colaborador más cercano en varios proyectos. Adler fue un promotor de la enseñanza de la educación general a través de la lectura de obras clásicas de la cultura occidental y jugó un papel muy importante como intelectual del movimiento. De hecho, el movimiento de la educación general se identificó fuertemente en Estados Unidos con la enseñanza a través de la lectura de Grandes Obras de la cultura occidental, un movimiento iniciado por el profesor John Erskine y continuado por su discípulo Mortimer Adler y el propio Hutchins. Esta identificación de los estudios generales con el movimiento de las Grandes Obras ha sido cuestionada por académicos de la propia Universidad de Chicago. Donald N. Levine, por ejemplo, señala en un prólogo de una reedición de 1992 sobre el College, que en Chicago estaban planteados todos los elementos del New Plan de Hutchins antes de su llegada a la presidencia y que: "the College faculty subsequently considered but firmly rejected his aspiration for a curriculum organized around the Great Books curriculum, after which the plan for a Great Books curriculum got transported to St. Johns College in Annapolis, Maryland."

Además del grupo de Chicago, había un núcleo afín de reformadores académicos en la Universidad de Columbia incluyendo a Mark Van Doren, Jacques Barzun y John Erskine, quienes impulsarán también una reforma del currículo de esa importante universidad. Daniel Bell plantea que el movimiento de la educación general se originó en Columbia antes que en Chicago. En todo caso, Columbia se convirtió en otro promotor y ejemplo de la educación general. Finalmente, se debe mencionar que Hutchins tuvo la oportunidad de impulsar sus ideas en su forma más radical en el College St. Johns de Annapolis a partir de 1937, a través de sus colaboradores Scott Buchanan y Stringfellow Barr, que venían de la Universidad de Virginia. Ese experimento se dió en el contexto de las resistencias que se habían generado a a los aspectos más radicales de su proyecto en la Universidad de Chicago y que llevaron a la salida de Buchanan y Barr de la institución. En St. Johns se implantó el programa de educación general con el enfoque del estudio de los Great Books.

En 1936, Hutchins expuso su propuesta en el muy influyente libro *The Higher Learning in America*, donde planteó que la educación general era un antídoto al ambiente anti-intelectual que prevalecía en las universidades y era necesaria para conocer los fundamentos de las disciplinas. La publicación de escritos como éstos, y la influencia que estaba teniendo Hutchins más allá de Chicago, fue el contexto en

que se produce una fuerte controversia con Dewey, donde participaron seguidores de ambos. Hutchins tomó distancia en forma expresa en ese libro del movimiento de Progressive Education. Para fines de los treinta el modelo de la educación general había cobrado fuerza en la educación superior en Estados Unidos más allá de Chicago y Columbia. Un artículo de 1938 de B. Lamar Johnson ya mencionaba como parte del movimiento de reforma curricular al General College de la Universidad de Florida, el General College de la Universidad de Minnesota, Mount Pleasant (Michigan) State Teachers College, Hendrix College y Stephens College.

En 1947, el Senador William Benton le pidió a Hutchins que hiciera una lista definitiva de Grandes Obras de la cultura occidental. Ese fue el inicio del ambicioso proyecto de la Enciclopedia Británica Great Books of the Western World, que editó Hutchins con la colaboración de Mortimer Adler y que para 1952 había publicado 54 volúmenes de obras clásicas. El Comité Consultivo del proyecto incluyó, además de los editores principales, a John Erskine, Mark Van Doren, Scott Buchanan, Stringfellow Barr y Alexander Meiklejohn. Luego de dejar la presidencia (1929-1945) y la rectoría (1945-1951) de la Universidad de Chicago, Hutchins ocupó otras posiciones claves, como la dirección asociada de la Fundación Ford, desde donde continuó impulsando el movimiento de la educación general y diversas causas democráticas. Entre sus iniciativas está la creación del Aspen Institute for Humanistic Studies junto con Walter Paepke y otros, lo cual propició un encuentro con José Ortega y Gasset, al que nos referiremos más adelante. Mortimer Adler, quien también participó en el proyecto de Aspen, fundó el Paideia Program a principios de la década de los ochenta, una propuesta educativa que incorporó a muchos académicos e instituciones.

Otro hito importante en el desarrollo del movimiento fue el informe sobre educación general preparado por la prestigiosa Universidad de Harvard y publicado como libro en 1946 bajo el título *General Education in a Free Society*, conocido también como el Harvard Red Book, y en cuya redacción jugó un papel importante el presidente de Harvard James Beyant Conant. El informe había sido comisionado por el propio Conant en 1943. Este académico había dirigido el National Defense Research Committee durante los años de la guerra y jugado un papel clave en el Proyecto Manhattan junto con Vannevar Bush.

En un trabajo reciente de Nathan Sorber y Jordan Humphrey, los autores destacan que el Red Book no solo respondió a las perspectivas de la administración y el claustro de Harvard, sino también a aspiraciones del liderato estudiantil que desde temprano en el siglo XX reclamaba el mejoramiento de la calidad de la enseñanza y criticaba el peso exagerado que tenía la investigación en la institución. La institución pidió la opinión del liderato estudiantil. Uno de esos líderes estudiantiles lo fue Thomas S. Kuhn, a quien hemos citado anteriormente.

Con este informe la educación general recibía un endoso clave en el contexto del fin de la guerra de otra universidad de gran prestigio y de académicos ubicados en puestos claves como Conant. El documento de Harvard, sin embargo, toma distancia frente a la orientación “occidentalista” de la fórmula de Chicago, adoptando una postura más abierta frente al tema de la cultura. Además, puso mucho énfasis en la reforma de la educación preuniversitaria y la introducción de la educación general en las escuelas.

Daniel Bell, sin embargo, señala que, a diferencia de Columbia, Harvard no implantó plenamente las recomendaciones de su propio informe, el cual estuvo dirigido a una reforma general del sistema educativo estadounidense. Pero, por otro lado, el dinamismo de la educación general se evidenció en ese año de 1946, cuando se estableció el General College de la Universidad de Boston con un programa de dos años de educación general bajo el decano Judson R. Butler. Este era un teórico del movimiento

que no coincidía totalmente con las formulaciones de Hutchins. Para Butler el currículo lo deberían determinar los propios profesores tomando en cuenta un plan integral.

### **Jaime Benítez y la búsqueda del encuentro: de la Reforma Universitaria a Aspen**

La Universidad de Puerto Rico va a jugar un papel destacado en el movimiento de la educación general y su difusión en América Latina y el Caribe. El pensamiento de Ortega y Gasset tuvo un gran impacto en esa institución desde, al menos, comienzos de la década del treinta. El entonces joven profesor Jaime Benítez menciona que conocía y admiraba la obra del filósofo desde 1931 y que desde 1937 le requería a sus estudiantes leer *La rebelión de las masas*. Benítez ha reconocido en varios escritos la aportación de Ortega y Gasset, de quien se consideraba discípulo.

Otro importante intelectual puertorriqueño quien reconoció la relevancia del pensamiento de Ortega para su obra fue Antonio S. Pedreira. Este reconoce la aportación orteguiana en *Insularismo*, publicado en 1934, y considerado el ensayo puertorriqueño más importante de la época y donde hace un llamado a integrar el conocimiento y contrarrestar el especialismo que coincide con los textos sobre la universidad publicados por Ortega en 1930.

Tanto Benítez como Pedreira eran parte de una generación universitaria que aspiraba a superar el empobrecido ambiente intelectual de la universidad e impulsar una reforma universitaria.

La trayectoria personal de Jaime Benítez también lo pondría en contacto directo con el experimento que impulsaba Robert Hutchins en Chicago, universidad donde estudia la maestría en el Departamento de Ciencia Política luego de concluir sus estudios de abogacía en la Universidad de Georgetown. Benítez obtiene una Maestría en Artes en Chicago en 1939 con una tesis titulada “*The Political and Philosophical Thought of José Ortega y Gasset*”. Le correspondió estudiar durante un periodo de gran efervescencia académica por los cambios impulsados por Robert Hutchins. El ascenso político del Partido Popular Democrático a partir de 1940 y la abortada rectoría de Rexford G. Tugwell, creó las condiciones de posibilidad para una reforma universitaria bajo el liderato de Benítez. Según él, su fuente intelectual para encausar este proyecto fue el pensamiento de Ortega, a la vez que ubicó a Hutchins como “deudor” intelectual del primero.

La Reforma Universitaria de 1942 creó una División de Estudios Generales que se convirtió en Facultad en 1945. A la Facultad de Estudios Generales se le encargó de impartir un currículo común de educación general para todos los estudiantes del Recinto de Río Piedras, que en aquél momento era el Recinto más importante. Para Benítez la Facultad de Estudios Generales correspondía al concepto de Facultad de Cultura de Ortega. Fue la primera Facultad de este tipo en un país hispanoparlante y una pieza clave del nuevo modelo universitario que Benítez impulsó. Ese modelo, además, se proyectó internacionalmente a través de diversas instituciones, como la Revista *La Torre* y la Editorial Universitaria que Benítez encargó al destacado intelectual español Francisco Ayala, quien a su vez mantenía vínculos con Ortega y su grupo de colaboradores. Ayala vino a Puerto Rico con la encomienda inicial de preparar el curso de Ciencias Sociales que se impartiría en el programa de estudios generales.

En un número especial de *La Torre* de 1956 dedicado al recién fallecido Ortega, Benítez cita en el prólogo las siguientes palabras de Domingo Marrero Navarro, uno de los primeros decanos de la Facultad de Estudios Generales.

En Puerto Rico somos, en modo especial, deudores de Ortega. Además de la influencia se advierte en la reforma universitaria en Puerto Rico, sobre todo, en la creación de la Facultad de Estudios Generales, cuyos principios y organización derivan en buena parte de los planteamientos de Ortega en Misión de la Universidad.

Fue una coyuntura externa muy favorable para la institución, ya que Jaime Benítez pudo actuar a través de diversas redes intelectuales, institucionales y políticas que abarcaban a la intelectualidad española republicana, incluyendo al grupo allegado a Ortega, el movimiento de la educación general en Estados Unidos que lideraban Robert Hutchins y otros, y los movimientos políticos afines al Partido Popular Democrático en América Latina y el Caribe, que luego de la Revolución Cubana se denominaron “la izquierda democrática”.

De esos vínculos latinoamericanos quizás los más importantes fueron con José Figueres en Costa Rica y Rómulo Betancourt en Venezuela. Pero también recordarse que Luis Alberto Sánchez, destacado universitario peruano y allegado de Víctor Raúl Haya de la Torre, estuvo en 1951 como profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico. Sánchez sería Rector de la Universidad de San Marcos y uno de los más reconocidos pensadores sobre la educación superior en América Latina.

Es importante señalar que el movimiento de la Reforma Universitaria de 1942 tuvo un amplio apoyo en la institución, el cual gradualmente se fue decantando por diferencias políticas, particularmente luego de la huelga universitaria de 1948. La realidad es que los cambios, incluyendo el nuevo programa de estudios generales, resultaron en un mejoramiento evidente del ambiente intelectual en la universidad y en la calidad de la enseñanza subgraduada.

Los estudios generales en la Universidad de Puerto Rico no fueron un mero calco del modelo de Chicago, sino que el proyecto fue adaptado a las condiciones particulares de Puerto Rico por académicos como Angel Quintero Alfaro, Domingo Marrero y otros. Tampoco fueron una aplicación de una fórmula curricular diseñada por Ortega, ya que no hay en sus escritos una prescripción detallada sobre la Facultad de Cultura más allá de la definición de unos campos del saber y unos objetivos pedagógicos generales. Precisamente, la particularidad de Puerto Rico fue que se creó un núcleo de académicos comprometidos con el modelo de la educación general y capaces de promoverlo en el exterior a través de diversas instituciones.

También debemos mencionar que Jaime Benítez trató de fomentar un encuentro entre los líderes de las dos redes intelectuales que habían impulsado el movimiento de la educación general: Robert M. Hutchins y José Ortega y Gasset. Ese encuentro se produce en 1949 en Aspen, Colorado, en ocasión de un evento de gran relevancia intelectual dedicado a conmemorar el bicentenario de Goethe. Un año antes Ortega había creado en Madrid, junto con Julián Marías, el Instituto de Humanidades. En ese simposio sobre Goethe se encontraron Ortega, Hutchins, y Adler. La conferencia magistral de Ortega fue traducida por Thornton Wilder.

La iniciativa de Benítez como promotor caribeño del movimiento de la educación general quizás no rindió todos los frutos que esperaba en lo que se refiere al encuentro entre las redes de Hutchins y Ortega, pero contribuyó a proyectarlo hacia América Latina y el Caribe, encontrando importantes resonancias en Costa Rica.

## Costa Rica y Centro América: la “pieza esencial”

El triunfo en 1948 del movimiento de José Figueres en Costa Rica, con el cual el Partido Popular Democrático tenía estrechos vínculos, creó las condiciones para una abarcadora reforma universitaria que incorporó a los estudios generales como elemento central. Este cambio en la Universidad de Costa Rica, a su vez, facilitó que el nuevo modelo se adoptara en otros países centroamericanos como Nicaragua y Honduras. En ese proceso, el Rector Rodrigo Facio jugó un papel destacado, creando bajo su gestión una Facultad de Ciencias y Letras y un Departamento de Estudios Generales. Facio era un cercano colaborador de José Figueres y uno de los fundadores del Partido Social Demócrata en 1945 y el Partido de Liberación Nacional en 1948.

Según Facio, la Universidad de Costa Rica se había establecido en 1940 “como un simple agregado o conjuntos de escuelas profesionales...” por lo que predominó la educación profesional y la especialización. En 1946, en el marco del Primer Congreso Universitario de Costa Rica, los académicos Abelardo Bonilla y Enrique Macaya propusieron una reforma universitaria. La reforma se aprobó el 25 de noviembre de 1952 por el Consejo Universitario y fue ratificada por unanimidad por la Asamblea Universitaria que constaba de 300 miembros de todos los sectores. Facio explica los objetivos de la reforma en Costa Rica de la siguiente manera,

¿Qué era lo que se pretendía, qué en concreto, lo que se buscaba? Hacer de la diversidad, Universidad; del archipiélago, continente; de las partes, un todo.

El germen de la Reforma Universitaria fue, pues, el deseo de atender esos dos graves problemas conectados entre sí: la atomización del conocimiento y la estructura de la Universidad, y las graves consecuencias que por obra de las especializaciones prematuras y encerradas en sí mismas, tienden a producirse en la formación del universitario.

En virtud de la reforma universitaria impulsada por el Rector Rodrigo Facio se creó en 1957 la Facultad de Ciencias y Letras y, en ella, el Departamento de Estudios Generales. El nuevo edificio de la Facultad se inauguró el 4 de marzo de 1957 con mensajes de Facio y el Prof. José Joaquín Trejos, el primer Decano y Directo de Estudios Generales. La primera clase que ingresó a cursar los estudios generales constó de 787 estudiantes. Esa reforma tuvo el sentido de una refundación de la universidad. El modelo de los estudios generales se afianzó a partir de ese momento en el sistema de educación superior del país y Costa Rica se convirtió en ejemplo para el resto de Centroamérica.

El momento de la fundación de la Facultad de Ciencias y Letras y el Departamento de Estudios Generales se recoge en una publicación titulada Teoría de los Estudios Generales cuyo contenido nos revela algunas de las fuentes intelectuales de la reforma. Esta publicación refleja el carácter de red transatlántica del movimiento de la educación general o los estudios generales, que estaba cobrando fuerza en la Europa de la posguerra y a la cual Costa Rica se integraba por vía de su reforma universitaria.

La publicación tiene una “Introducción” de Constantino Lascaris Comneno, Director de Estudios Generales en el momento de la publicación, que explica el concepto de estudios generales que había adoptado la universidad. Entre los pensadores que menciona están José Ortega y Gasset, Karl Jaspers y Angel Quintero Alfaro. El primer texto es un ensayo titulado “¿Qué es la educación general?” del puertorriqueño Quintero Alfaro. Le siguen textos sobre Costa Rica del Rector Rodrigo Facio y José Joaquín Trejos, primer Decano de la Facultad de Ciencias y Letras y del Departamento de Estudios

Generales. Seguidamente se transcriben fragmentos de los siguientes autores: Ortega y Gasset (Misión de la Universidad), Karl Jaspers (“El viviente espíritu de la universidad”, un discurso de Karl Jaspers en Heidelberg en 1946), Clarence H. Faust (The Idea and Practice of General Education), y Eduard Fueter (“El Studium Generale”, un artículo que traza la trayectoria de los estudios generales en Estados Unidos a partir de Hutchins y en Alemania en la posguerra). El libro concluye con la legislación costarricense pertinente y bibliografías sobre la universidad y los estudios generales con abundantes fuentes europeas y estadounidenses.

El ejemplo de Costa Rica fue importante para la difusión del modelo de estudios generales en Centroamérica, particularmente en Nicaragua y Honduras. Carlos Macías, un intelectual hondureño que impulsó el nuevo paradigma educativo, menciona otros factores que incidieron en su adopción en Honduras. El Consejo Supremo Universitario Centroamericano (CSUCA), fundado en 1948, y una misión de la UNESCO de 1962 también contribuyeron a promover cambios en las universidades de la región. Según el autor, estas instituciones se inspiraron en un informe del consultor educativo estadounidense Rudolph P. Atcon que proponía crear programas de Estudios Generales.

Esta propuesta, sin embargo, se publicó originalmente en 1961, un momento muy álgido de la Guerra Fría y con el trasfondo de la Revolución Cubana, y se calificó por algunos sectores políticos, como señala Carías, como una iniciativa imperialista que era parte de la Alianza para el Progreso.

Una misión de la UNESCO enviada a Centroamérica también endosó el modelo de los estudios generales. Los miembros de la Misión Consultora de la UNESCO para las Universidades Centroamericanas fueron J.H. Terlingen, de la Universidad de Nimega (Holanda) y experto en estudios humanísticos, W.R. Hatch, exdecano de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Boston y experto en programas de Ciencias Naturales, y J. Labbens, Director del Instituto de Sociología de la Universidad de Lyon (Francia) y experto en programas de Ciencias Sociales. El informe de la misión, sometido en 1962 fue aún más enfático que Atcon en la importancia de los Estudios Generales como “la pieza esencial de una reforma universitaria” e hizo constar el apoyo que tenían en el CSUCA y las instituciones de la región.

Por otro lado, Marcos Carías menciona la importancia que tuvieron también las ideas de Ortega y Gasset sobre la universidad. Según él, la introducción de los estudios generales enriqueció el currículo de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), así como el ambiente cultural en el país. La UNAH era muy débil institucionalmente, sin plantilla fija de profesores y poco más de 1,000 estudiantes en 1957, año en que obtuvo su autonomía. Como parte de la reforma universitaria se creó el Centro Universitario de Estudios Generales (CUEG) y el Departamento de Ciencias Básicas. Ese fue un semillero de las carreras en la UNAH pero fue eliminado por una reforma en el 2008. En el caso nicaragüense, los estudios generales se implantaron en una Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua en León. Según el profesor Rigoberto Juárez-Paz, a mediados de los sesenta se estableció en la Universidad San Carlos de Guatemala un Departamento de Estudios Generales que tenía cátedras de Biología, Cultura, Filosofía, Lenguaje, Matemática y Química. Ese Departamento se convirtió luego en Escuela de Estudios Generales, pero su vida fue breve y los Estudios Generales fueron eliminados de la Universidad de San Carlos. Podría decirse que en Centro América se dieron simultáneamente dos movimientos en la educación superior, el de las universidades autónomas inspirado en la Reforma de Córdoba y con el ejemplo de UNAM, y el de los estudios generales. Costa Rica mostró que no eran excluyentes.

## El movimiento de la educación general en otros países de la América Latina

En 1951 se publicó en Lima el libro *La universidad en el siglo XX*, conmemorando el cuarto centenario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. La edición estuvo a cargo de Carlos Cueto Fernandini, entonces Decano de Educación, e incluyó escritos de muy destacados intelectuales de Europa, Estados Unidos y América Latina, convocados por la universidad de San Marcos en aquella histórica ocasión para pensar el futuro de la universidad. Entre los intelectuales latinoamericanos se contaban Juan David García Bacca de Venezuela, Jorge Basadre del Perú, Fernando Azevedo de Brasil, Rodolfo Mondolfo, italiano exilado en Argentina y Alfonso Reyes de México, para mencionar algunos. García Bacca era un filósofo muy cercano a Ortega y Gasset y promotor de sus ideas en Venezuela. Esta publicación fue evidentemente la culminación de un gran proyecto que aspiró a reflejar el estado de la discusión sobre la universidad en tres continentes a principios de los cincuenta. Llama la atención lo presente que está en este volumen el movimiento de los estudios generales y la discusión sobre el papel de la educación general en los estudios universitarios.

James Beyant Conant de la Universidad de Harvard, quien había auspiciado la redacción del Red Book sobre educación general en 1945 es uno de los autores con un texto titulado “La promoción del saber en el siglo XX”. Para Conant los tres grandes campos del saber eran, siguiendo a Francis Bacon, el conocimiento acumulativo, la poesía y la filosofía. También colabora Julián Marías, quien recién había fundado el Instituto de Humanidades de Madrid con Ortega y Gasset. Marías destaca las ideas de Ortega y denuncia las limitaciones bajo las que existen las universidades españolas en aquel momento. Francesco de Vito, quien fuera el primer presidente de la Universidad Sacro Cuore de Milán, una de las universidades privadas más importantes de Europa, destaca la relevancia de la experiencia del College de Estados Unidos. Sus planteamientos tienen muchas tangencias con los de Ortega y también se refiere a la experiencia de Chicago y las iniciativas en Alemania por introducir un año de *Studium Generale*, trasladando un año de la escuela secundaria a la universidad, según recomendaba un informe titulado *Studienauschuss fur Hochschulereform*, Hamburg, 1948. El puertorriqueño Pedro A. Cebollero, de la División de Educación de la Unión Panamericana, también basa su presentación sobre la formación de liderato en Ortega y hace referencia al “plan de Chicago”.

Sin embargo, el volumen también muestra que existían diferencias y disensiones frente a la propuesta del movimiento de la educación general. Por otro lado, la contribución del destacado académico brasileño Fernando Azevedo, que se destaca en el libro por ser la primera luego de la del Rector Dulanto, analiza el concepto de “Facultad de Cultura” de Ortega, pero descarta esta propuesta ya que entiende se pueden lograr los propósitos educativos humanistas a través de una Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Azevedo fue uno de los educadores y teóricos de la educación más importantes de Brasil. Había sido uno de los fundadores del movimiento “Nueva Educación” en 1932 y de la Universidad de Sao Paulo, y ocupó muy altos puestos gubernamentales y universitarios. El movimiento de la “Nueva Educación” promovió la educación universal, pero inspirado por el pragmatismo a la Dewey.

Es interesante también que Azevedo concluye su texto citando al intelectual mexicano Alfonso Reyes como una autoridad que insistía en lo universal “sin prescindir de lo propio”. Reyes, que en ese momento estaba formando el Colegio de México y contribuye un ensayo sobre ese tema, había sido allegado de Ortega pero había tenido una fuerte diferencia con él por un escrito sobre Goethe, diferencias que se habían profundizado por un comentario del filósofo español en 1940. Pero más allá de este conflicto, la decisión de Ortega de establecerse en Lisboa en plena guerra y luego en Madrid

bajo el franquismo, creó hondas divisiones entre los intelectuales exiliados españoles y la intelectualidad latinoamericana, cuyas reverberaciones posiblemente se sentían con fuerza a principio de los cincuenta.

La relevancia de los temas que abordó La universidad en el siglo XX, como la necesidad de una formación humanística y de la educación general, para las universidades latinoamericanas se hace evidente si tomamos en cuenta el siguiente diagnóstico de S. Schwartzman: “Una característica importante de las universidades latinoamericanas fue siempre el predominio de las escuelas profesionales de derecho, medicina, ingeniería y de las academias militares.” Respondiendo a este carácter profesionalizante de las universidades latinoamericanas, el movimiento de la educación general se desarrolló de manera diferenciada en otros países de América Latina, además de Costa Rica y Centro América.

En el caso mexicano, el movimiento de los estudios generales tuvo alguna relevancia en la educación superior en la posguerra. Quizás el caso más destacado fue el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) que se creó en 1962 como Escuela Libre Universitaria. El ITAM desarrolló un programa de estudios generales desde 1969, el cual se reformó en el año 1981-1982. José Benito Alzaga, quien fuera Director de la División de Estudios Generales, explicó su trayectoria en la institución y la necesidad de tener un programa de estudios generales en una universidad tecnológica. Es interesante que hizo referencia al pensamiento del cardenal católico John Henry Newman, quien definió la universidad como *Studium Generale* en *The Idea of a University*, un texto de gran relevancia para el pensamiento sobre la educación superior. También cita a José Luis Aranguren y Jacques Maritain, destacados intelectuales católicos, y a José Ortega y Gasset. Alzaga subraya que los cursos del ITAM son “de la más pura tradición de los *Studia Generalia*: lugar destinado a la comunicación y circulación del pensamiento...” y hace referencia a la Declaración de Tepic de la Asociación nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza de México de 1972, muy cónsona con los conceptos orteguianos.

Es evidente que en el ITAM confluyeron fructíferamente varias corrientes del movimiento de la educación general y mantiene una reflexión actualizada sobre ese tema que se refleja en su excelente revista *Estudios*. La Declaración de Tepic indica que este movimiento también inspiró a otras instituciones, pero no conocemos las fuentes sobre esa historia.

Casi simultáneamente con el desarrollo de los estudios generales en el ITAM, se crea en Venezuela una nueva institución universitaria, la Universidad Simón Bolívar, que había comenzado como Universidad de Caracas. Esta nueva universidad la crea el presidente Caldera en el contexto de muy fuertes conflictos estudiantiles en la Universidad Central de Venezuela que provocaron el cierre de la institución. La nueva institución incorporó desde sus inicios en 1969 la educación general. Ese experimento fue impulsado por el destacado filósofo y teórico de la educación superior Ernesto Mayz Vallenilla, quien tuvo como colaborador un exilado republicano español, Segundo Serrano Poncela, quien había conocido de primera mano la reforma universitaria que se había llevado a cabo en Puerto Rico. Mayz era un conocedor de la obra de Ortega y Gasset y en la década los cincuenta había hecho una crítica de las ideas de éste en torno al lugar de la ciencia en la universidad. Como explica José Ramón Viado Onis, Ortega y Gasset tuvo varios discípulos venezolanos que ejercían la cátedra en la Universidad Central de Venezuela. Uno de los más destacados fue Mayz Vallenilla quien nos legó, además de su aportación institucional como primer Rector de la Simón Bolívar, una obra extensa obra teórica sobre la universidad.

El movimiento de los estudios generales o la educación general tuvo un impacto grande en el Perú en la década de los setenta. La Pontificia Universidad Católica del Perú creó dos facultades de estudios

generales, una de ciencias y otra de letras, en 1972. Otras universidades peruanas, como la universidad de Lima, también crearon programas de estudios generales. Es interesante notar que fue en las nuevas universidades que surgieron a fines de los sesenta y los setenta en América Latina donde tendieron a desarrollarse los estudios generales y no en las grandes universidades autónomas fundadas en el modelo de la reforma de Córdoba. Esa historia de la difusión del modelo de la educación general en América Latina queda por hacerse y solamente hemos tocado algunos elementos en esta ponencia. De todos modos es interesante notar el dinamismo del movimiento en los sesenta y setenta en la América Latina, cuando la educación general enfrentaba fuertes retos en los Estados Unidos.

## **Conclusión**

La educación general fue un movimiento intelectual transatlántico en el campo de la educación superior que desarrolló un gran dinamismo a partir de la década de los treinta hasta la década de los setenta. Aportó al desarrollo de la educación superior en Estados Unidos, Europa, el Caribe, Centro y Suramérica. El movimiento se relacionó a través de diversas redes académicas e institucionales, aunque nunca llegó a cuajar instituciones que expresaran plenamente su carácter internacional en un gran espacio geográfico y cultural. Su fuerza se ha expresado en una continuada presencia en el seno de diversas instituciones y en la pertinencia de sus perspectivas para la educación universitaria en la actualidad. Ha resistido fuertes cuestionamientos y retos en los últimos cincuenta años de sectores que lo perciben como un “reducto del pasado”, un lujo superfluo en la educación universitaria o un obstáculo para proyectos autoritarios. Pero el movimiento se enfrentó a modelos y conceptos educativos antagónicos desde sus orígenes, ya que está enraizado en una visión humanista, integradora y crítica de la misión de la universidad. El futuro de la educación general requerirá que cobremos conciencia sobre los orígenes de nuestro movimiento y su carácter internacional para esclarecer nuestra identidad y poder tejer los hilos que nos unen.